

CHRISTIE, Neil (ed.)

Landscape of Change. Rural Evolutions in Late Antiquity and the Early Middle Ages. Ashgate.

Aldershot, 2004, 324 pp.

En los últimos años se ha venido desarrollando una intensa investigación acerca del paso del mundo antiguo al medieval y se han generado perspectivas innovadoras que han convertido a este periodo en el escenario de importantes debates y de sustanciales cambios en lo que hasta hace poco era el paradigma dominante de la “caída y decadencia”. Una buena muestra de ello es la formidable colección *The Transformation of the Roman World*, financiado por la *European Science Foundation* (ESF), cuyos resultados han sido publicados en diversos volúmenes que representan una magnífica muestra de cuáles son ahora las preocupaciones y las claves para comprender mejor este complejo proceso. En tal sentido, se subraya un planteamiento que supere tanto los estrechos márgenes de la cronología tradicional –considerando como elemento fundamental la “larga duración”, en la que resultan básicos los cambios que se llevaron a cabo en la época bajoimperial– y de la especialización, fomentando el diálogo y el debate entre colegas de distintas áreas. El factor explicativo se ha desplazado de las ópticas catastrofistas hacia una noción más amplia –y quizá por ello más vaga– como es la de transformación. Dentro de este contexto, las aportaciones llevadas a cabo desde la arqueología han sido y son determinantes. Nuevos estudios, producto tanto de proyectos de reciente ejecución como de replanteamientos de viejos temas, han proporcionado interpretaciones que no pueden dejarse de lado. Para ello, los arqueólogos, o al menos una

parte de ellos, han optado por superar lo meramente arqueográfico para ofrecer explicaciones, las cuales han sido recogidas parcialmente por los historiadores de los textos escritos. Este diálogo, sin embargo, sigue siendo incompleto, ya que chocan tradiciones, intereses y preocupaciones muy diferentes, que dificultan un mejor entendimiento, pero se han dado ya pasos de enorme importancia.

El libro que aquí comentamos se inscribe en esa línea de investigación y su editor, Neil Christie, ha participado en las actividades del proyecto de la ESF. Se trata de un trabajo volcado en las fuentes arqueológicas y centrado en analizar los cambios producidos en los territorios del antiguo Imperio Romano entre los siglos IV al VII. Para ello, se presentan una serie de análisis regionales, que cubren prácticamente todo el espacio bajo dominación romana, y del que emerge un cuadro general, más allá de las particularidades de cada uno de los escenarios, una diferencialidad que no conviene olvidar. Dos aspectos destacan desde la introducción del editor como puntos de referencia. Por un lado, la renovación de la metodología arqueológica, que se ha perfeccionado en las últimas décadas y que está dando resultados muy diferentes a los que se conseguían anteriormente. Las técnicas de prospección han impactado de manera notoria y esto ha provocado un nuevo tipo de información, pero también algunos problemas derivados de la dependencia de materiales de superficie, algunos de los cuales, como las cerámicas comunes, no son fácilmente detectables. Las técnicas derivadas de la “arqueología del paisaje” han sufrido un fuerte desarrollo y este tipo de estudios resulta un instrumento indispensable, aunque imperfecto, para conocer

qué sucede en los campos. Por otro lado, la crítica y abandono de ciertas visiones catastrofistas, que han dominado la explicación —y entre las que destaca el supuesto descenso de la población rural—, así como las interpretaciones en clave nacionalista, apenas tomadas en consideración por los especialistas, pero con hondas raíces en el imaginario popular. Tomando ambos puntos como ejes directrices del volumen, el texto de W. Borden y R. Hodges sobre el actual territorio albanés —con el sugerente título de *Balkan Ghosts?*— resulta ejemplar y muy esclarecedor de un caso sin apenas relevancia en los circuitos académicos. En él se realiza una crítica demoledora a los postulados potenciados por el régimen de Enver Hoxha sobre este periodo histórico, con una resistencia de los pobladores ilirios autóctonos frente a la invasión eslava, que puede leerse como una traslación de los problemas de Albania dentro del bloque socialista, pero que han calado y continúan ofreciéndose como la explicación dominante en el país balcánico.

A partir de esos parámetros, los estudios que componen el libro se mueven en dos planos distintos. En un primer nivel, se realiza un acercamiento regional, que permite profundizar en la evolución parcializada de cada zona de estudio. En un segundo nivel, se comprueban una serie de fenómenos más o menos generalizados y que, teniendo en cuenta los grados y diferencias existentes, proporcionan una visión compleja de cada uno de ellos. No pretendemos ser exhaustivos, pero nuestra lectura nos permite señalar al menos cuatro grandes apartados. El primero de ellos se vincula a las transformaciones que se operan en las *villae* y que permiten dar una imagen menos catastrofista de sus últimas fases. Así, S. Scott estudia los establecimientos vilcarios en Italia y Gran Bretaña, poniendo de relieve cómo las *villae* ricamente construidas y decoradas componían sólo una parte de la realidad, en la que se

concentraba el exhibicionismo de unas elites apegadas al Imperio y en una situación de fuerte competencia. Estos edificios suntuosos eran un mensaje de poder que se complementaba con otras *villae* de proporciones y riqueza inferior y que en ambas regiones debieron resistir el final del Imperio. Esa evolución es magníficamente ilustrada por el artículo de A. Chavarría sobre *Hispania*, cuyos resultados ha presentado también en otros foros. Esta investigadora rechaza la visión “catastrofista” y niega la existencia de una decadencia absoluta provocada por las tensiones aparejadas a la implantación de poderes bárbaros. Por el contrario, se aprecia con claridad la transformación de estos complejos, pudiéndose establecer al menos dos fases. La primera comenzaría en algunos casos en el siglo III y estaría marcada por la transformación de zonas residenciales en productivas, como resultado de una concentración de la propiedad fundiaria. Una segunda fase afectaría básicamente a las *villae* del interior peninsular, sobre todo a las que estaban dotadas de edificios suntuosos, muchas de las cuales se vieron gradualmente ocupadas en el siglo VI por enterramientos. En este caso, sería el efecto más visible de la crisis de un grupo social, de rango senatorial y apegado al Imperio, cuyas bases de poder quedaron seriamente erosionadas, sin que ello supusiera un abandono del lugar ni un proceso de decadencia demográfica.

Un segundo gran apartado es la formación de nuevos paisajes, que quizá no sean tan nuevos, sino que respondan a una evolución compleja, hasta ahora poco tenida en cuenta. En ese plano, el ámbito italiano ha ofrecido en los últimos tiempos un gran dinamismo y de él se hace eco P. Arthur. Su trabajo, sin embargo, desplaza el centro de atención de la llanura del Po y de la Toscana, regiones donde la investigación es más potente, al Mezzogiorno. Destaca el papel de determinados núcleos intermedios, los *vici*, cuya vitalidad llegaría

al menos hasta el siglo VI, para dar lugar posteriormente a un proceso de progresiva pérdida de importancia, frente al auge de nuevos asentamientos rurales encaramados y construidos en madera. Con posterioridad, el incremento de las necesidades urbanas y la expansión de determinados grandes monasterios potenciaron el hábitat agrupado y una intervención cada vez mayor de los señores. Por otra parte, G. D. R. Sanders analiza el caso del Peloponeso, en especial la región de Corinto, para la que se ha defendido una explicación “catastrofista” muy ligada a la presencia de los godos y a su carácter destructor. Sin embargo, las intervenciones arqueológicas están poniendo de manifiesto una realidad mucho más matizada, en la que destaca la cristianización topográfica de Corinto y la continuidad de la población en el ámbito rural, realizando una aguda crítica a los trabajos de prospección efectuados y, en especial, a la lectura que se ha hecho de ellos. K. Dark se mueve en esa misma línea a la hora de explicar los fenómenos que actúan en la evolución del paisaje de Gran Bretaña entre los años 300 a 700, proponiendo vías alternativas a las explicaciones más catastrofistas. Dark limita el alcance de la ruptura provocada por el abandono de la isla por parte de Roma en 410, señalando que el paisaje romano-británico se caracterizaría por la presencia de *villae* en algunas zonas, mientras que al norte y al oeste éstas prácticamente no existirían. Las *villae* palatinas indicarían un proceso de polarización social, que perjudicó a otros propietarios, y que se fundamentaba en medios de legitimación vinculados al paganismo romano. La desaparición de Roma trajo consigo un colapso de ese modelo, detectándose la ocupación de las *villae* por habitantes que construyeran sus casas en madera, siguiendo modelos británicos preexistentes, al mismo tiempo que se hizo patente un cambio en los mecanismos de legitimidad, que potenciaron el papel del

cristianismo —sobre todo a partir de los monasterios—, favoreciendo así un menor exhibicionismo social. Este fenómeno vino acompañado de un resurgir de determinados *castra* asociados a la formación de nuevas monarquías en un ambiente de ausencia de un poder fuerte; se construyó así un paisaje “tardoantiguo” con el que se encontraron los anglo-sajones.

La creación de nuevos paisajes fue, por tanto, el fruto de un complejo proceso de transformaciones que no ha de contemplarse necesariamente como caótico. En cualquier caso, y como un tercer aspecto, conectado con el anterior, resaltan determinadas experiencias que pueden calificarse como más rupturistas y que coinciden con dos ámbitos distintos. Uno de ellos es el norte de África, en especial la actual Túnez, donde A. Leone y D. Mattingly centran su atención. Aun desestimando las interpretaciones más catastrofistas que relacionan la invasión vándala con el declive del sistema económico y político, surge la evidencia de una profunda reorganización en las provincias de *Zeugitana*, *Byzacena* y *Tripolitania*. Sin duda se mantuvo una densa ocupación humana y el impacto vándalo no trajo consigo ni mucho menos un caos, pero se observa un desarrollo sobre todo de ciertas áreas suburbanas, frente a las rurales, y una reorientación de las producciones destinadas al comercio. En *Zeugitana*, la reorganización debió efectuarse ya en época vándala como consecuencia de las confiscaciones, pero en las otras dos provincias no se detecta hasta más adelante, manteniendo cierto aislamiento. Sobre esa infraestructura se establecería el poder musulmán en el siglo VII, que fue progresivamente modificando el paisaje. Más brusco aparece el modelo de cambio en la zona del bajo Danubio, en el entorno de la actual Bulgaria, donde el sistema de *villae*, según A. Poulter, desapareció rápidamente a finales del siglo IV. Se trataba, sin embargo, de

un entramado sin bases autóctonas, desarrollado por las necesidades de las autoridades romanas, cuyo final, provocado sobre todo por la fuerte militarización generada a raíz de su conversión en una zona fronteriza defendida por los *foederati* godos, no supuso un abandono de “larga duración” del campo. De hecho, se plantea la aparición de sitios de altura, que pueden compararse con los *castra* albanes que estudian Bowden y Hodges, que no debían tener sólo una función militar, sino también relacionada con la ordenación del paisaje local. En cambio, la progresiva expansión de los eslavos inauguró un periodo de mayor oscuridad, debido a la opacidad de su cultura material.

Por último, otro argumento de peso se refiere a la formación de las aldeas medievales. Varios de los trabajos señalados, aun centrándose en otros aspectos, ponen de manifiesto la formación de un hábitat rural en estos siglos que sería el precedente de las aldeas medievales, como sucede con los poblados encaramados italianos. Sin embargo, dos de los artículos se enfocan más claramente hacia esa problemática. H. Hammerow realiza un rápido balance sobre la arqueología del periodo anglo-sajón, muy volcada en los patrones de asentamiento y en las formas constructivas, mostrando la formación de determinados asentamientos a partir de construcciones en madera. Pero quizá el análisis más elocuente provenga de P. Périn y su estudio de los poblados merovingios y carolingios, planteando una visión muy distinta a la ofrecida por R. Fossier en algunos de sus estudios. Frente a la idea de unos asentamientos “incierto”, “inestables” y “pobres”, la evidencia arqueológica, elaborada a partir de intervenciones de urgencia, destaca que fueron asentamientos bien adaptados al medio ambiente y a las vías de comunicación, relativamente dispersos y móviles, pero dentro de una larga duración, debido a sucesivas reconstrucciones. De hecho, en algunos de ellos se aprecia la existencia de sectores dedicados a la actividad

artesanal, áreas destinadas a centros de culto e incluso necrópolis que deben asociarse a núcleos aún no conocidos. Périn considera que estos poblados corresponden a una fase inicial de poblados que evolucionarán posteriormente a la fase de aldeas; el cambio en torno al año mil no supuso una modificación de la evolución, pero sí hubo una reorganización desde el siglo IX promovida por los señores.

Hay, desde luego, otras temáticas que aparecen por el libro, como el peso de lo eclesiástico. En cualquier caso, nuestra lectura ha recogido éstas como las más relevantes. El conjunto del volumen ofrece una serie de reflexiones de tipo teórico y metodológico que permiten erosionar el edificio “catastrofista”, partiendo de la idea de la evolución y transformación. Ésta última implica, como se observa en los distintos artículos, tanto rupturas como continuidades y es en el juego entre ambos elementos donde pueden apreciarse variaciones regionales incuestionables. Ahora bien, quizá sería necesario abordar la comparación entre experiencias dispares para ir más allá de la negación de la visión caótica del periodo y se echa de menos más estudios comparativos, no sólo en este libro, sino en general en la investigación. Podríamos así entrar en una nueva fase en la comprensión de las transformaciones de esta época, gracias a la sólida base que nos proporcionan estudios como los que aquí reseñamos. Pero no todo está hecho, ni mucho menos. La idea del editor no era tanto dar respuestas, como proporcionar nuevos interrogantes y nuevas vías explicativas, y consideramos que tales objetivos están cumplidos con creces. Es necesaria mucha más investigación, mucho más trabajo de campo y también mucha más reflexión. En ese sentido, una carencia notoria, aunque cada vez lo es en menor medida, estriba en la ausencia de análisis sobre aquellos núcleos rurales que no corresponden a las *villae*. Sin negar la importancia

de las transformaciones en el sistema vilicario, resulta algo paradójico que las afirmaciones sobre la presencia de otros modelos de hábitat no puedan sustentarse en estudios concretos y en una reflexión basada en casos de ese tipo. Y en ese sentido debe plantearse el análisis de los sitios de altura, un fenómeno plural y complejo, pero con ramificaciones al menos en buena parte de la Europa meridional, y del que sólo se hacen algunas menciones. Al mismo tiempo, hay que abrir más cauces a la colaboración con historiadores del texto escrito, algo que, de todos modos, no es fácil por el peso de tradiciones muy diferentes. Aun siendo conscientes de las limitaciones, este libro representa una magnífica aportación al conocimiento del paisaje rural en la Antigüedad tardía, con unas propuestas teóricas y metodológicas innovadoras, serias y bien sustentadas, que enlazan con las líneas por las que se mueve lo más renovador del panorama historiográfico europeo sobre este periodo.

Iñaki Martín Viso

VALENTI, Marco

L'insediamento altomedievale nelle campagne toscane. Paesaggi, popolamento e villaggi tra VI e X secolo.

Fondazione Monte dei Paschi di Siena. Progetto «Archeologia dei Paesaggi Medievali».

Ed. All'Insegna del Giglio. Università degli Studi di Siena.

Siena, 2004. 162 pp.

De todos es conocida la situación que atraviesa hoy día el medievalismo en torno al “cisma” existente entre historiadores y arqueólogos. De igual manera, a nadie se le escapa la necesidad que ambas partes tienen de trabajar en común. No obstante, y siendo conscientes de dicho problema,

parece evidente el empeño que aún muestran ambos “grupos” por trabajar de forma independiente. Aun así, un trabajo de investigación apoyado únicamente en el análisis de las fuentes documentales, o por el contrario, de las fuentes arqueológicas, no es suficiente como para abordar con garantías la construcción de un cuadro histórico.

En esa línea, y como uno de los ejemplos más significativos dentro del panorama europeo, se ubica el trabajo que, desde los últimos años de la década de los noventa, se ha venido desarrollando en torno al estudio de los Paisajes Medievales de la Toscana (Italia). Estamos hablando del ambicioso proyecto llevado a cabo por el Área de Arqueología Medieval de la Universidad de Siena, en general, y el grupo de investigadores capitaneados por Marco Valenti, en particular.

Fruto de esa línea de investigación de origen sienés es el presente trabajo sobre el que centraremos nuestra atención a lo largo de las siguientes páginas.

El estudio aparece estructurado en torno a seis partes que, en líneas generales, abordan algunos de los temas que, relacionados con las dinámicas socioeconómicas altomedievales, mayor interés han despertado en los últimos años dentro del panorama científico europeo. Entre estos contenidos cabe destacar el análisis que se hace de los principales problemas y deficiencias de los estudios realizados a lo largo de los últimos treinta años. Ante tal situación, el autor nos propone un método de investigación que, apoyado en el desarrollo de una serie de intervenciones arqueológicas centradas sobre una serie de espacios determinados y la propia confrontación de estos datos de origen arqueológico con aquellos provenientes de las fuentes escritas, pretende superar aquellas lagunas interpretativas que han caracterizado al mencionado panorama historiográfico. Por último, el autor aborda una serie de cuestiones que vienen a corroborar los interesantes resultados obtenidos

gracias a la aplicación del citado método de investigación, configurándose éste como un claro intento por abordar la elaboración de un cuadro histórico en el que las limitaciones informativas, de las que anteriormente hemos hablado, queden reducidas en gran medida.

Tal y como hemos comentado anteriormente, dicho trabajo se centra en el estudio de la organización socioeconómica del campo altomedieval toscano. No obstante, debemos ser conscientes de que dicho contexto geográfico no es uno de los muchos ejemplos insertos dentro de la órbita europea, sino que el campo toscano debe ser entendido como un interesante laboratorio sobre el que se ha desarrollado una metodología que supera en gran medida a aquellos parciales y sesgados estudios realizados con anterioridad.

En líneas generales, la historiografía europea de los últimos treinta años ha estado marcada por estudios que han girado en torno a aquellos datos referentes a los grandes patrimonios monásticos, los cuales estaban circunscritos al periodo comprendido entre los siglos IX y XI, dándole protagonismo a los aspectos jurídicos, económicos y sociales, y que en definitiva partían de series documentales cuya aportación informativa podría ser calificada como de subjetiva y limitada. De esta forma, podríamos decir que la estrategia seguida a nivel europeo no ha perseguido con decisión la verdadera problemática que supone el estudio del poblamiento altomedieval. Por norma general, los esfuerzos se han centrado en el estudio de las formas de poblamiento desarrolladas tras el hundimiento de los teóricos sistemas latifundistas tardoimperiales, parándose en una fase cronológica comprendida entre el final del siglo VI y los inicios del VII y retomando el hilo cronológico a partir de la segunda mitad del siglo IX, momento en el que comienzan a irrumpir con mayor fuerza las mencionadas series documentales. De esta forma se ha omitido

cualquier tipo de interpretación que haga referencia a una fase cronológica en la que, con toda certeza, comenzaron a desarrollarse con mayor vigor una serie de procesos que, en definitiva, terminarían por configurar una sociedad "feudal". Por razones de esta índole, trabajos como el que aquí estamos presentando suponen un salto metodológico cualitativo y que gracias a los datos ofrecidos por el desarrollo de un método arqueológico, han comenzado a abrirse una serie de vías que a la postre serán las encargadas de superar esas lagunas informativas de las que anteriormente hemos hablado.

Por tanto, el método de investigación que Valenti pretende mostrarnos a partir de este trabajo parte de tres premisas principales. En primer lugar, dicho autor intenta comprender el proceso a partir del cual se formaron y qué aspecto tenían los centros de poblamiento rural tras el fin del sistema de villas que en principio caracterizó a la tardoantigüedad. Por otro lado, dentro de este proceso de investigación, se intenta reconocer la tipología de los citados espacios de hábitat, diferenciando los asentamientos entre ellos, y cuáles pueden ser los indicadores útiles para poder comprender una distribución social, económica o demográfica. Por último, se intentan analizar aquellos aspectos diacrónicos que pudieron caracterizar la organización de los espacios rurales medievales, en este caso de la Toscana.

Así pues, y en clara alusión al corpus metodológico, con este trabajo el autor intenta superar los métodos más difundidos en lo que a esta temática se refiere. Por norma general, este tipo de cuestiones suelen ser planteados abordando aspectos relacionados con la crisis del poblamiento y de la organización productiva tardorromana, parándose el análisis en torno a la mitad del siglo VI. Tal y como hemos apuntado anteriormente, este tipo de análisis tienden a centrarse en evidenciar el colapso del "sistema de villas" y los diversos efectos regionales de esta crisis. Por tanto, para la

elaboración de este trabajo se desarrolló una metodología que tomaba como pilar básico del paisaje, en este caso toscano, el castillo. Según esto, dicho elemento era capaz de representar el componente de mayor evidencia dentro del propio paisaje. Con este fin, el equipo capitaneado por Marco Valenti ha desarrollado una serie de campañas de prospección y excavación arqueológica sobre estos espacios y su paisaje, a partir de las cuales han sido capaces de plantear una nueva vía de estudio en torno al surgimiento y composición del sistema de poblamiento altomedieval, dejando entrever un fenómeno de poblamiento con una red ya estabilizada y sobre la cual ya se gestionaban los medios y la fuerza de producción. Por otra parte, y en gran medida gracias al uso de una informática aplicada a este tipo de cuestiones, debemos destacar que una de las virtudes del estudio pasa por la realización de un análisis tanto a micro-escala (la pequeña estructura y su funcionalidad), como a macro-escala (el asentamiento como conjunto de estructuras que lo connotan), configurando de esta forma una óptima retrospectiva del hábitat rural y todos sus componentes a lo largo de la Alta Edad Media. De esta forma, y condicionado en parte al acierto que supone la elección de este tipo de estrategia, Valenti ha intentado transmitir la idea de que esta red de castillos constituye la señal más evidente del nuevo panorama social, político y económico, el cual venía siendo asumido por los grupos de grandes y medianos propietarios y que en definitiva suponía la transformación de un sistema precedente.

A modo de conclusión, debemos decir que ésta es una contribución que ha intentado moverse en el panorama de la investigación europea en cuestiones relacionadas con el poblamiento del campo altomedieval, centrándose en una interpretación estructural y funcional de los espacios de hábitat y la modelación de éstos bajo un

perfil socio-económico. Tal y como hemos apuntado anteriormente, se han intentado superar algunas de las lagunas que han caracterizado al panorama científico europeo de las últimas décadas, desarrollando una metodología interpretativa que contribuyese a comprender en qué sentido evolucionaron los espacios de hábitats rurales entre los siglos VII y X, además de como y por qué motivos se dieron estas transformaciones, llegando incluso a uniformar con claro acierto aquellos indicadores arqueológicos con los que se cuenta para el estudio de estas diacronías.

Iker Gómez Tarazaga

VELÁZQUEZ SORIANO, Isabel

Las pizarras visigodas. (Entre el latín y su disgregación. La lengua hablada en Hispania, siglos VI-VIII).

Real Academia de la Lengua-Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
Burgos, 2004, 630 pp.

Una particularidad del medievalismo hispánico reside en la dejación que ha hecho del mundo post-romano y visigodo. Aquello que en otros países de nuestro entorno es considerado como materia de investigación y conocimiento del especialista en Historia Medieval, en España es abandonado y apenas estudiado. Resulta curioso observar cómo son algunos escasos especialistas en Historia Antigua los que han llevado a cabo esa tarea, alejándose de los círculos de mayor peso dentro de su mundo académico. Los siglos V al VIII se han convertido en una "tierra de nadie" historiográficamente hablando, lo que provoca una situación paradójica: un periodo difícil de encajar en las categorías temporales y académicas en las que nos manejamos, pero también un terreno sobre el que se puede y debe trabajar mucho y en

el que no cabe una sola tradición historiográfica. En tal sentido, los medievalistas, y más en concreto aquellos que dedican su investigación a la Alta Edad Media, deben visitar estos siglos, sobre todo para abandonar clichés que lastran las interpretaciones sobre las épocas posteriores. No se trata tanto de ocupar en forma de *presura* un espacio vacío, sino de aportar, en un diálogo con los especialistas en Historia Antigua que debería ser enriquecedor, una perspectiva distinta.

Por otro lado, estos siglos gozan de una bien ganada fama de oscuridad; las informaciones, tanto escritas como arqueológicas, son escasas y ofrecen serios problemas. En todo ello parece evidenciarse una “invisibilidad arqueológica”, propiciada por los cambios dentro de los grupos aristocráticos, como bien han señalado algunos investigadores. El periodo post-romano en la Península Ibérica no es una excepción, lo que, unido a su carácter de episodio marginal para los especialistas tanto de Historia Antigua como de Historia Medieval, da como resultado un frecuente abandono de su estudio. En este panorama, resulta chocante observar la escasa atención que se ha dado a un material único, una fuente de indudable riqueza, aunque también de una gran complejidad, como son las denominadas pizarras visigodas. Se trata de un conjunto de textos hallados en el centro de la Península Ibérica y conocidos desde hace décadas, gracias a los trabajos seminales de M. Gómez-Moreno y, sobre todo, M. C. Díaz y Díaz. Pero ha sido la profesora Velázquez quien nos ha proporcionado en los últimos quince años sucesivas cuidadas ediciones que vienen a resolver en buena medida el espinoso problema de la lectura de tales textos. Su tesis doctoral, publicada en 1989, ofrecía ya un caudal de respuestas sobre estas pizarras, a lo que se añadió una magnífica edición en la prestigiosa editorial Brepols en el año 2000, en la que añadía unas cincuenta nuevas pizarras y que incluía

fotografías de las piezas, pero que, a cambio, se presentaba en un formato escasamente manejable y con un precio excesivo. Sin embargo, la Real Academia de la Historia y el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua han tenido la acertada idea de proponer a la profesora Velázquez una nueva edición, más ligera, que aporta los dibujos de algunas piezas, así como se insertan nuevos hallazgos.

El material que compone este *corpus* se ha venido identificando con una documentación privada datada entre los siglos VI y VII, si bien hay algunos ejemplos posteriores. Se percibe claramente la existencia de una diversidad de funciones, entre las cuales son fácilmente identificables las de carácter religioso. Pero además, y ese es el objetivo principal, aunque no único, de la autora, permiten conocer la evolución del latín tardío hacia el romance en un contexto cotidiano. De hecho, el interés filológico, sumado a los estudios acerca de los niveles de alfabetización, ha sido preponderante frente a una escasa utilización como fuente historiográfica. Curiosamente, es la propia I. Velázquez la que se hace eco de la importancia de estas piezas, tratando de ofrecer una explicación social, económica y cultural de este material. En tal sentido, el libro es modélico en cuanto a su doble preocupación, filológica e histórica. Puede definirse como un estudio seminal, desde el que debe partir necesariamente cualquier investigación y reflexión sobre el tema.

El libro se divide en tres partes. Una primera orientada a la presentación de una tipología documental, en la que presenta un sólido análisis diplomático, y de una interpretación social y cultural de las pizarras. El segundo capítulo ofrece una edición de las piezas —un total de 163—, acompañada de una versión castellana y de un estudio específico de cada una de ellas. Por último, se nos presenta un estudio sobre la lengua empleada en el *corpus*. Como puede comprobarse, se trata de aunar el análisis

histórico, el filológico y el estrictamente destinado a la edición del material. Nuestra lectura se ciñe sobre todo a los dos primeros capítulos, es decir, los más “históricos”, debido a que no disponemos de una competencia suficiente para valorar el último de ellos. En relación con la edición del material, de nuevo I. Velázquez nos ofrece una espléndida lectura de estos textos, que podemos definir como endiablados por su fragmentación y mala conservación, en la que no se evitan determinadas dudas que enriquecen precisamente al lector. Además de añadir diez piezas nuevas respecto al libro del año 2000, lleva a cabo algunas relecturas. Una buena prueba de ello es la pizarra 2, procedente de Santibáñez de la Sierra, donde la autora ha modificado el significado de las líneas finales, al identificar un nombre personal *Gratus* en vez de un participio *gratus* (contento), lo que conlleva una transformación radical del contenido de la pieza, que parece referirse ahora al pago de algún tipo de peaje. En éste, como en otros casos, la autora refiere otras lecturas realizadas, lo que permite al lector contar con todos los elementos de análisis. Un aspecto muy destacable es la presentación de una versión castellana, que facilita la tarea de comprensión del texto, un aspecto que se orienta hacia el profano en el tema que puede así valorar mejor el contenido de cada pieza. Este esfuerzo, efectuado sobre esa minoría de pizarras cuyo estado de conservación no es tan fragmentario como la media, es loable, se desarrolla desde planteamientos filológicos bien asentados y supone una apuesta arriesgada, ya que la autora tiene que dar una interpretación. Se trata de un aspecto que hasta ahora no se había llevado a cabo y que supone, a nuestro juicio, un gran acierto.

De todos modos, la lectura de las piezas realizada por la autora no debe entenderse como definitiva, porque, como ella misma señala, quedan siempre aspectos

dudosos en las piezas, a raíz de su fragmentación. A pesar de ello, puede hablarse de una edición casi definitiva, fundamento de cualquier análisis. Aun así, algunas traducciones resultan conflictivas y quizá en ellas pesa demasiado la influencia de la cultura clásica. Un ejemplo de ello es la pizarra 20, procedente de Pelayos, donde se repite la expresión *suscepimus per castros*, que tendría un significado tributario, frente a la función escolar que en 1989 daba la propia I. Velázquez. La autora traduce *castros* —que aparece en vez de *castra*— como aldeas, debido a que en el latín clásico dicho término disponía de un contenido militar, que no posee en este contexto. Pero creo que puede sustituirse aldea simplemente por castro, es decir, por esos sitios de altura que son ocupados o reocupados de manera generalizada en la Meseta tras el colapso del sistema romano, un fenómeno ampliamente documentado y que también puede rastrearse en el área geográfica de dispersión de las pizarras. Dicha pizarra podría estar incluso ofreciendo información sobre la captación tributaria a partir de territorios vertebrados o identificados con determinados sitios de altura, lo que representa un ejemplo de la riqueza de significados que revela el *corpus*. Por tanto, y alabando el esfuerzo y, en general, el acierto de las traducciones, el investigador debe estar atento a otras posibles lecturas.

En cuanto al estudio más histórico, I. Velázquez realiza un excelente análisis de los contenidos culturales. No obstante, el mayor interés, desde nuestro punto de vista, reside en la explicación social y económica de este material, donde se puede establecer un debate enriquecedor. La autora apuesta de nuevo por comprender determinados textos en los que figuran antropónimos vinculados a cantidades en especie (*distributiones rei frumentariae* y *vectigalia rerum rusticarum*) como ejemplos del pago de una renta a un gran propietario. Se trata de

una hipótesis ya clásica, que también ha sido retomada recientemente en un magnífico trabajo de A. Chavarría. Pero la misma I. Velázquez expresa algunos matices a esa identificación, gracias a la relectura de determinadas piezas. Así se plantea que el significado de algunas pizarras se relacione con el pago de tributos, como indicaría la ya señalada pizarra número 2 o, más claramente la 97, en la que parece encubrirse un pago en cabezas de ganado al *era{ra}rio*. Esta posibilidad, que ya fue apuntada por F. Retamero y que Pérez-Prendes, desde otra óptica, también ha señalado en el catálogo de una reciente exposición sobre las pizarras, abre nuevas perspectivas, que algunos hemos tomado en serio a partir de nuestra propia lectura. Sin embargo, ambas explicaciones no tienen por qué entenderse en términos de oposición absoluta, debido a que la afirmación del carácter tributario no elimina el significado claramente dominical de otras piezas, pero también porque la captación del impuesto debió realizarse a través de los grupos dominantes en la zona, aunque habría que estudiar detalladamente de qué gran propiedad estamos hablando. En cualquier caso, el material puede ser interpretado desde varios ángulos, lo que pone de manifiesto su interés y pluralidad, aspectos que quedan reflejados en la exposición de I. Velázquez.

Este volumen pone en la mesa del investigador un material en buena medida desentrañado y depurado, ofreciendo además vías de interpretación. Resulta, por tanto, forzoso tomar en consideración un material único, tanto por la época como por su proveniencia de las comunidades y de los grupos aristocráticos locales. Y, sin embargo, continúan faltando análisis que superen la mera utilización de las pizarras para ilustrar fenómenos que se dan por supuestos en la *Hispania* visigótica o que tracen visiones de conjunto, más allá de acercamientos parciales. No es éste el lugar

para dar un elenco de las vías de investigación, pero no quisiera dejar de mencionar algunos aspectos a los que conviene prestar atención. Una vía, ya señalada y sobre la que algunos hemos empezado a trabajar, es el contenido tributario de algunas pizarras. Para ello, resulta indispensable efectuar comparaciones con otros materiales coetáneos, como las tabletas Albertini o, muy especialmente, los documentos contables merovingios; de hecho, el estudio de los papiros de Rávena de los siglos V al VII nos ha permitido comprobar las diferencias entre una documentación creada para gestionar una gran propiedad en un contexto muy ligado a la *civitas* y otra surgida desde un mundo sin claras referencias urbanas y con un contenido que no se ajusta a la gestión de la gran propiedad. Pero también, y en ello deberán dedicarse muchos esfuerzos, es necesario emprender un estudio riguroso de las pizarras con signos numéricos, y no sólo de las que ofrecen textos. Debe tenerse en cuenta que este tipo de material supera con creces el número de las pizarras escritas, y probablemente estemos hablando de más de un millar de hallazgos. Sin olvidar los textos analizados por I. Velázquez, conviene analizar con detenimiento estas pizarras, las denominadas de tipo "Lerilla", en las que el significado tributario parece aún más factible, aunque en absoluto cabe descartar otros posibles. Todo ello precisa de un mejor conocimiento de la documentación arqueológica, pues no ha de olvidarse que estas piezas pueden y deben entenderse dentro de un contexto material. Por desgracia, la mayoría de los hallazgos carecen de una adecuada contextualización arqueológica, aspecto que I. Velázquez ha destacado en otras ediciones y que en ésta únicamente trata de forma breve. Es imprescindible emprender la tarea de intervenir en determinados lugares a fin de conocer mejor esos contextos y, de esa manera, profundizar en una explicación de estas piezas, a nuestro juicio un elemento clave para

comprender la evolución de los territorios del centro peninsular. Se trata de tareas pendientes para el investigador, un programa de actuación que exige la suma de esfuerzos para “coger al toro por los cuernos”, pero para el que contamos ya con una base firme, proporcionada por la profesora Velázquez.

En definitiva, la publicación de este libro es una magnífica iniciativa editorial, por la que cabe dar la enhorabuena a las entidades que se han preocupado por llevarla a cabo. Y también debemos agradecer a I. Velázquez el excelente libro que nos proporciona a los investigadores. El mejor reconocimiento posible es emprender ya la tarea de tomarnos en serio este material y realizar nuevos análisis y estudios que desentrañen el mundo que revelan parcialmente las pizarras.

Iñaki Martín Viso

RECUERO ASTRAY, Manuel

Alfonso VII (1126-1157).

La Olmeda.

Burgos, 2003, 319 pp.

Hablar de las primeras décadas del siglo XII en los reinos de León y de Castilla supone hablar, fundamentalmente, de la sucesión de Alfonso VI y del controvertido reinado de su hija y sucesora, doña Urraca. Todo ello, para preparar el terreno al análisis de una figura clave en esta centuria que ahora nos ocupa. Nos referimos a Alfonso VII, el emperador, que consideramos clave para el estudio del siglo XII porque lleva a cabo actuaciones políticas innovadoras para su época y porque, a pesar de la división de los reinos de León y de Castilla con que finaliza su reinado, siendo ésta la herencia de sus sucesores, prepara el camino a la nueva política que habrá de desarrollarse en los años futuros.

Hoy por hoy, y a falta de nuevos estudios que aporten más conocimientos sobre el reinado de este monarca leonés, no cabe duda que uno de los mayores hitos de su reinado es la proyección política peninsular que logra tras someter, bajo la fórmula del vasallaje, a la mayoría de las autoridades políticas de la Península –reyes, príncipes y condes–, hecho que le permite intitularse emperador en 1135, situándose por encima de todas ellas.

Ha habido autores que se han percatado de la importancia del siglo XII para el reino de León y también del vacío de conocimiento que tenemos respecto al emperador Alfonso VII. Es, por ejemplo, el caso de J. M.^a Fernández Catón quien, a través de la recopilación de la documentación del Archivo de la Catedral de León, ha afirmado que el reino de León alcanza su mayor esplendor, precisamente en este siglo XII, con la coronación de Alfonso VII como emperador¹. Otros autores, como F. Luis Corral, han hablado de la necesidad de llevar a cabo trabajos de peso para entender el siglo XII, ya que, hasta el momento, los esfuerzos en este sentido se han quedado sólo en intentos².

No hay, por tanto, un estudio a fondo que nos permita llenar el vacío a que hemos hecho alusión y alcanzar un grado aceptable de conocimiento sobre el reinado de Alfonso VII.

A pesar de todo, y aunque este trabajo no aporta grandes novedades respecto a sus obras anteriores sobre el emperador, Manuel Recuero Astray intenta abordar el estudio de la vida de este monarca leonés y,

¹ FERNÁNDEZ CATÓN, J. M.^a *Colección documental del archivo de la Catedral de León (775-1230)*, vol. V (1109-1187). León, 1990, p. XI.

² LUIS CORRAL, F. “El Motín de la Trucha: Realidad política en torno a una leyenda”. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*. 2002, vol. 19, pp. 381-382, nota 17.

si bien es cierto que aún no se ha desarrollado una investigación de peso que permita plantear hipótesis y conocer nuevas luces sorteando las sombras a que nos lleva la ignorancia acerca de muchas cuestiones que se plantean en el reinado del ilustre emperador, sí nos ofrece datos biográficos y cronológicos que nos permiten seguir el itinerario de Alfonso VII y acercarnos a la temática con seguridad.

Recuero, a lo largo de la obra, aborda la vida de Alfonso VII haciendo referencia a los principales acontecimientos que tienen lugar, no sólo en su reinado, sino también antes de que alcanzara el trono de León y hasta su muerte. Para ello divide la obra en seis partes: en la primera de ellas hace alusión a aspectos de la infancia de Alfonso VII que repercutirán en su ascenso al trono leonés, tales como los problemas sucesorios de Alfonso VI; el matrimonio de su madre con Alfonso I de Aragón y de Navarra, como un intento de salvar la sucesión de Alfonso VI y el acceso al trono —aunque este matrimonio trajo consigo otras perturbaciones dinásticas—; y, por último, la influencia en el infante Alfonso del obispo Gelmírez de Santiago y las expectativas de sucesión una vez proclamado Alfonso VII rey de Galicia y roto el matrimonio de su madre, doña Urraca, con el rey aragonés. A pesar de la brevedad de esta primera parte, creemos que en ella se plantean acontecimientos primordiales para tener en cuenta el ascenso al trono del infante Alfonso, si bien es cierto que se echan de menos hipótesis, aún no del todo desarrolladas, en torno a la cuestión de la sucesión de Alfonso VI y a cómo ésta se resuelve en el ascenso al trono del infante Alfonso, futuro Alfonso VII.

En la segunda parte de la obra, Recuero hace hincapié, sobre todo, en el itinerario geográfico de Alfonso VII. De manera que, a través de la documentación que ha analizado en su estudio, es capaz de mostrarnos dónde y cuándo se encontraba el

monarca en los inicios de su reinado, información que nos seguirá proporcionando a lo largo del libro y que, como hemos dicho antes, es de suma importancia, pues permite adentrarnos en el estudio de este reinado con la seguridad de no dudar de ciertas cuestiones y con la garantía de que sabemos si el monarca se encuentra, o no, en un lugar y momento determinados. Y esta labor de análisis de la documentación es algo que hemos de agradecer a la obra de Manuel Recuero Astray. Además, este apartado también es de especial importancia porque el autor nos informa de cada una de las adhesiones políticas que va asumiendo Alfonso VII, una vez que éste es entronizado en León en 1126, hecho que demuestra, una vez más, el rastreo de la documentación de la época de Alfonso VII que el autor lleva a cabo. Cabe destacar, también, la política de pacificación con que Alfonso VII empieza su andadura como gobernante, pues a la muerte de su madre, doña Urraca, éste había heredado un reino dividido por las guerras entre ella y Alfonso I de Aragón y de Navarra, y hostil, en algunas zonas de Castilla, al nuevo monarca, pues no hay que olvidar que Castilla fue lugar de un continuo conflicto bélico entre doña Urraca y el aragonés y que, finalmente, muchas zonas quedaron bajo poder de éste.

La tercera y la cuarta parte pueden tenerse en cuenta de forma conjunta pues contienen una serie de temas que culminan en la coronación imperial de 1135. En esta etapa de la vida de Alfonso VII tienen lugar la mayoría de sus logros como gobernante y la puesta en práctica de la idea imperial leonesa, que venían desarrollando sus antepasados desde el siglo X, y que Alfonso VII alcanza a través de una proyección política peninsular a gran escala. A este respecto, Recuero trata el matrimonio con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, como un hecho que constituye una firme alianza política

entre León y los condes de Barcelona, y a partir del cual Alfonso VII desarrollará un complicado engranaje de vasallajes y fidelidades, no sólo con el conde de Barcelona, sino también con el rey de Aragón –que desde 1137 serán la misma persona–, y con el rey de Navarra, obligado a jurar fidelidad dado el poder que Alfonso VII era ya capaz de ejercer. Es en este momento cuando el monarca leonés empieza a consolidar y a recuperar posiciones en Castilla, llegando a ocupar también Zaragoza a la muerte de Alfonso I. Sin embargo, los problemas más graves va a tenerlos con Portugal, que cada vez irá adquiriendo más prerrogativas de independencia. Aquí Recuero plantea la coronación imperial como una medida de solución a los problemas con Portugal, pues según cree el autor, Alfonso VII pretendía que Alfonso Enríquez de Portugal le reconociera emperador para que éste viera en su figura a alguien que estaba por encima de él; sin embargo, de nada sirvió al emperador este juego político pues, finalmente, Alfonso Enríquez se acogió a la Santa Sede para declararse vasallo de ésta, situada lógicamente por encima del emperador, y conseguir así la independencia deseada, de manera que el reconocimiento imperial por parte de Alfonso Enríquez y su juramento de vasallaje únicamente sirvieron para que Alfonso VII reconociera a éste como rey de Portugal. Al final de este periodo, Alfonso VII el emperador había conseguido el vasallaje de las autoridades más importantes de la Península: el rey de Navarra, el rey de Portugal, el conde-rey de Aragón y Cataluña, algunos reyes de taifas e incluso condes de más allá de los Pirineos le reconocieron vasallaje.

Finalmente, también creemos conveniente agrupar la quinta y sexta parte, pues a ellas Recuero ha dedicado los acontecimientos más importantes de los últimos años del reinado y de la vida del emperador. Nos referimos a la actuación política en al-Andalus, que, tras la coronación del

emperador, tenía en Toledo la principal plataforma del avance cristiano, que, sin duda, se vio facilitado por el debilitamiento y la posterior desintegración del imperio almorávide. Las conquistas de esta época se verán consolidadas gracias a la repoblación concejil y a la política foral que se despliega en las nuevas zonas de dominación cristiana. Pero, es en 1147 cuando tiene lugar una de las actuaciones más loables de la capacidad política del emperador: la conquista de Almería, que se logra a partir de una coordinación de fuerzas, peninsulares e internacionales, bajo la dirección de Alfonso VII. En este momento se confirma cómo la política del emperador, basada en los juramentos de vasallaje, consigue lanzarse a una campaña que interesa, no sólo a las autoridades peninsulares en su avance hacia el sur musulmán de la Península, sino también a los genoveses y pisanos que ven cómo la piratería, cuyo foco importante se desarrolla en Almería, perjudica enormemente a sus operaciones mercantiles y comerciales.

Sin embargo, el año 1147 marca también, según el autor, un cambio político en la que va a ser la última década de gobierno, y de vida, del emperador. Recuero refleja, en esta parte, a un Alfonso VII decadente, que renuncia, en cierta medida, a las grandes alianzas vasalláticas porque la expansión cristiana hacia el sur se ha visto, otra vez, interrumpida por la presencia de unos nuevos invasores: los almohades. Éste es para Recuero el máximo signo de debilitamiento del emperador, que, según él cree, huye del protagonismo, tras la muerte de su esposa doña Berenguela que ha puesto en peligro las relaciones de vasallaje que mantenía con Navarra y Aragón-Cataluña. Finalmente, el autor confirma esta supuesta decadencia con la segregación de León y de Castilla a que se había destinado la sucesión entre sus hijos Fernando y Sancho, una vez muerto el emperador.

Creemos que es de justicia matizar que el emperador nunca renunció a las

relaciones de vasallaje que habían sido eje fundamental de su política, sino que, incluso, estableció nuevos vasallajes con jefes de al-Andalus como el conocido rey Lobo de Murcia; llevó a cabo tratados con Aragón, como el de Tudején de 1151, que sentaba las bases para consolidar las zonas de influencia y de expansión de Castilla y de Aragón; y, por último, nunca abandonó las campañas en al-Andalus, pues la esperanza de la defensa de Almería acabó con la vida del emperador.

Sonia Vital Fernández

LAPEÑA PAÚL, Ana Isabel

Sancho Ramírez. Rey de Aragón (?1064?-1094) y rey de Navarra (1076-1094).

Ediciones Trea. Estudios Históricos la Olmeda.

Gijón, 2004, 314 pp.

El libro que nos presenta Ana Isabel Lapeña Paúl, responde al género biográfico, género que en los últimos años esta teniendo bastante auge, sobre todo en lo referente a la vida de monarcas de la historia de España. Hay un interés por hacer colecciones completas de biografías de personajes, buscando un público más amplio que el mero especialista en la materia. Éste es el propósito de la Colección Corona de España donde se incluye dicha obra, más concretamente en la Serie reyes de Aragón y Navarra. Se percibe a lo largo de la obra que la autora, para llevar a cabo la labor de hacer una biografía de Sancho Ramírez, toma el modelo de la realizada por Carlos Laliena Corbea sobre el rey aragonés Pedro I, sucesor del monarca en cuestión, en el año 2001.

Ana Isabel Lapeña es la persona más adecuada para la realización de la biografía de Sancho Ramírez, debido a que es una gran conocedora de la documentación de la época, como lo demuestran sus numerosas

publicaciones anteriores, sobre todo de la procedente del monasterio oscense de San Juan de la Peña. Este monasterio estuvo muy vinculado al monarca biografiado por diferentes aspectos, tanto por la predilección de su padre el rey Ramiro I como por las estancias de Sancho Ramírez durante su infancia, además de ser el lugar elegido por el monarca para implantar las novedades de su política religiosa unida al papado y, sobre todo, por ser el monasterio que disfrutó de numerosas donaciones concedidas por el mismo rey, que se constatan en su documentación.

La autora nos presenta la vida del rey Sancho Ramírez, su época y su legado, a pesar de las dificultades encontradas a causa de una importante sequedad de las fuentes, sobre todo para conocer el ámbito más personal y los aspectos más particulares del monarca aragonés. Por lo tanto, la obra pasa a ser una exposición del panorama político, social, eclesiástico, incluso urbanístico del último tercio del siglo XI, del pequeño reino de Aragón y de Navarra, donde se destaca la obra del monarca aludido. También hay que subrayar, como apunta la misma autora, que se pretende con ello que la obra tenga un carácter más divulgativo y no sea muy especializada.

La obra se estructura en siete capítulos, dedicados a diferentes aspectos de la vida y época del rey aragonés, e incluye un extenso y completo apéndice documental. El primer capítulo se centra en el círculo más próximo al monarca, referente a sus familiares más cercanos, padres, mujeres e hijos, educación y desarrollo de su infancia hasta que es nombrado rey del pequeño condado de Aragón en el año 1064. De estos personajes más cercanos al círculo del monarca se habla muy someramente, ya que la mayoría de los aspectos que se apuntan son simplemente hipótesis o deducciones que se intuyen a través de una documentación con otros cometidos. Un segundo capítulo se ha dedicado exclusivamente a la

Iglesia, muy acertado puesto que la aportación de este monarca a la Iglesia aragonesa es lo más destacable. Sancho Ramírez va a realizar una política religiosa innovadora en su reino, debido a que es el introductor del rito romano en el pequeño reino aragonés, además de convertirse en feudatario del Papa, sometiéndose a los postulados de la Santa Sede. El tercer capítulo, más breve, se centra en el alzamiento de Sancho Ramírez como rey de los pamploneses, haciendo alarde a la ampliación de su dominio al incorporar el reino de Pamplona, incluyendo, asimismo, una nueva sede episcopal donde introducir la reforma eclesiástica. En el cuarto capítulo, la autora hace hincapié en la figura del rey como protagonista del impulso urbano en sus dominios tanto aragoneses como navarros; destaca el caso de la ciudad de Jaca, basándose en la concesión del Fuero por parte del monarca para favorecer las actividades mercantiles y la llegada de francos. Se hace un pequeño análisis de dicho fuero y su repercusión en la formación del burgo de Jaca. También concede el mismo fuero a otras ciudades como Estella y Sangüesa, ubicadas a lo largo del Camino de Santiago. Por consecuencia Sancho Ramírez con esta política de potenciación de los burgos, a través de las concesiones de fueros, va a impulsar el Camino de Santiago. El quinto capítulo lo dedica a la conquista y repoblación, en el cual nos hace un recordatorio de los enfrentamientos bélicos entre el monarca y su hueste contra los musulmanes de la taifa zaragozana limítrofe con su pequeño reino. Durante este reinado se producen algunos avances, pero no consigue su principal propósito de reconquistar la ciudad de Huesca, que lo conseguirá su hijo Pedro I. El balance del territorio reconquistado durante el reinado de Sancho Ramírez es considerable, si partimos de que cuando se inició su mandato dominaba un pequeño reino pirenaico con escasa capacidad bélica; ahora al final de su reinado había llegado a las tierras

llanas, dominando posiciones fundamentales como Ayerbe, Graus, Alquézar y Monzón y amenazaba claramente algunas posiciones básicas para los islámicos de la Marca Superior. Este monarca había preparado durante su reinado la entrada a las ricas tierras del valle del Ebro, que sus sucesores acabarán por reconquistar. La autora hace ahínco en que las grandes conquistas posteriores se deben a la estrategia tomada en estos momentos por el monarca Sancho Ramírez. En el mismo capítulo hace referencia a la repoblación como fenómeno paralelo a la conquista de territorio, proceso en el que el monarca tiene también un papel clave a la hora de conceder fueros con el fin de convertir las zonas reconquistadas en puntos de atracción de nuevas gentes. El monarca encomendaba la acción repobladora a particulares con una finalidad de tipo militar, y también a instituciones religiosas que actuaban por cuenta propia, como San Juan de la Peña, y a otras que seguían las indicaciones del monarca, como Santa María de Alquézar. Se hace mención a estudios anteriores realizados por Durán Gudiol sobre la procedencia de los repobladores; en esta zona los habitantes de la comarca del río Gállego van a tener un importante papel repoblador, además de los repobladores, aunque en menor medida, de origen ultrapirenaico. En el sexto capítulo la autora se detiene en la proyección europea del monarca, mediante una política de alianzas matrimoniales, así como en la introducción de influencias europeas a través del auge del elemento transmisor, el camino de Santiago, por su paso por el territorio aragonés. Se dejan ver esas influencias en diferentes aspectos; en el plano económico y social, por la llegada y ubicación de gentes foráneas en los diferentes burgos potenciando la actividad mercantil; en el plano artístico, mediante la introducción de un nuevo estilo, el románico; en el plano eclesiástico, mediante la introducción del rito romano. Durante el reinado de Sancho

Ramírez podríamos decir que se produce una europeización de su pequeño reino. El último capítulo lo dedica a explicar la muerte del monarca durante su intento de hacerse con Huesca, ciudad anhelada por el monarca que no logró conquistar durante su reinado. Además hace un pequeño balance de los aportes del monarca al reino de Aragón y Pamplona durante su mandato, y finalmente la última parte del capítulo lo dedica a sus sucesores Pedro I y Alfonso I el Batallador, mencionando las diversas conquistas y la gran expansión que experimenta el reino de Aragón durante estos reinados.

En cuanto a la selección documental que se aporta en la obra, está dividida en cuatro apéndices. Un primer apéndice, titulado documentación sanchorramirense, es una selección de textos de la época del monarca de diferentes procedencias, de interés para el lector ya que son documentos que se han mencionado durante la obra y la autora los ha considerado fundamentales para el conocimiento de la época de Sancho Ramírez. El segundo apéndice contiene algunos fragmentos de dos crónicas de gran interés para el tratamiento del tema: es la crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa), la crónica de los reyes de Navarra del Príncipe de Viana. El tercer apéndice es una selección de textos, referentes a Sancho Ramírez, de la crónica de Jerónimo Zurita, cronista de Aragón en las Cortes del mismo reino de 1548, denominada Anales de la Corona de Aragón. Finalmente un cuarto apéndice dedicado a una selección de fragmentos, también referidos al mismo monarca, de los Anales del Reino de Navarra, realizada por José Moret, que fue nombrado cronista de Navarra en 1654. Los apéndices representan una selección de las fuentes más relevantes utilizadas por la autora y suponen una aportación bastante interesante y acertada para completar la obra.

En definitiva estamos ante una obra donde la autora ha pretendido realzar la figura de Sancho Ramírez. Rey poco conocido hasta ahora, del que sólo se ponía de relieve su política eclesiástica, por la introducción de las directrices de Roma en el reino de Aragón y posteriormente, también, en Navarra y por situarse bajo el servicio del Papado, aceptando la superioridad del poder espiritual sobre el temporal. La historiografía se ha centrado en su antecesor Ramiro I, por ser el primer monarca aragonés, y en sus sucesores, Pedro I y Alfonso I el Batallador, sobre todo en este último por sus extensas conquistas a costa de los andalusíes, acrecentando de forma considerable el reino de Aragón, dejando al monarca Sancho Ramírez un poco olvidado. Además la obra pretende ofrecer un panorama completo de la época de Sancho Ramírez y su aportación que supuso una renovación de las estructuras económicas, sociales, eclesiásticas, jurídicas y artísticas, además del impulso que dio al camino de Santiago, con lo que se podría decir que europeizó el pequeño territorio aragonés poniendo las bases para la estructuración posterior del gran reino que llegará a ser con sus sucesores.

Finalmente, decir que la obra está muy bien estructurada y es de muy fácil lectura, pero, como es frecuente en el género biográfico, no se aporta nada nuevo de lo publicado anteriormente, sino que es una recomposición de la época de Sancho Ramírez y los aspectos fundamentales ya estudiados en lo que es destacable la acción del monarca. A pesar de ello, no hay que quitarle mérito a la autora, puesto que Sancho Ramírez merecía una biografía renovada, hasta ahora no producida debido a la dificultad que supone la escasa información que ofrecen las fuentes para conocimiento de la figura personal del monarca en cuestión.

M.^a Carmen Hernández Charro

BARRUSO BARES, Pedro y LEMA PUEYO, José Ángel (coords.)

Historia del País Vasco. Edad Media (siglos V-XV).

Hiria.

San Sebastián, [2004], 518 pp.

El volumen dedicado a la Edad Media de la *Historia del País Vasco*, publicada por la editorial Hiria, pretende condensar, en poco más de 500 páginas, 1.000 años de historia de la actual Comunidad Autónoma Vasca, empeño no pequeño y del que tanto el libro como sus autores salen excelentemente bien parados.

Y para esta labor varias son las vías que los coordinadores –Pedro Barruso y José Ángel Lema– han seguido. Por un lado, han buscado a los mejores especialistas en cada una de las facetas a estudiar. Por otro, han sabido resaltar un tema muchas veces olvidado: las fuentes con las que cuenta el historiador, tanto las propias de la Edad Media como las de la Edad Moderna, con sus claroscuros. Y en tercer, aunque no último, lugar, han encuadrado excelentemente la historia medieval vasca en su contexto, siendo éste, a nuestro entender, un aspecto fundamental y no siempre suficientemente realizado en las obras escritas sobre esta zona y etapa de la historia.

Todos los autores están vinculados a los estudios de tema medieval y al mundo universitario, bien en la UNED, Iñaki García Camino y Arsenio Dacosta Martínez, bien ejerciendo como profesores en la Facultad de Historia de la Universidad del País Vasco como es el caso del resto. Y todos muestran inquietudes historiográficas de amplio calibre y un sólido pasado como investigadores a sus espaldas. Por ello no es extraño que, junto a los temas de historia política, aparezcan excelentes estudios del mundo rural, urbano y, sobre todo, de la sociedad vasca, con sus peculiaridades, tratando extensamente temas como el banderizo.

El primer capítulo, realizado por Agustín Azkarate, se corresponde con las postrimerías del Imperio Romano y los muy mal conocidos, para ese área, siglos que le siguieron (siglos V-VIII). Y el autor, especialista en arqueología, después de demostrar la ineludible necesidad de contar con esta ciencia para estudiar la historia altomedieval vasca, plantea algunos de los debates que han cuajado la historiografía sobre este periodo –determinismo geográfico, independencia respecto al reino de Toledo, grado de cristianización...– tomando, valientemente, posiciones en todos ellos. Una vez realizada esta tarea, el autor recorre los yacimientos mostrando al lector las más interesantes aportaciones y hallazgos de éstos.

A partir de este momento, terminado el capítulo 1, el libro se centra, mayoritariamente, en las fuentes escritas. Quizás así se explique el capítulo 2, en el que José Antonio Munita, experto en estas lides, se enfrenta a la crónica, no sólo medieval, sino también moderna. Es difícil saber discernir la verdad y la intencionalidad de los autores del pasado entre el amasijo de datos, leyendas e informaciones no siempre del todo veraces. Y lo consigue. Las crónicas castellanas, las navarras, crónicas autóctonas, como la conocida de Lope García de Salazar, e incluso textos parcialmente literarios, como “La Guerra de Navarra”, poema de Guilhem de Anelier, son estudiados y extractados por el autor. Martínez de Zaldibia, Isasti, Henao u Ohienart son también estudiados, someramente, en este capítulo.

El capítulo 3, realizado por José Ángel Lema, exige una labor de síntesis excepcional. La historia política de cada uno de los territorios históricos aparece reflejada aquí. La vizcaína y alavesa desde su aparición en las fuentes escritas, en el siglo VIII, y la guipuzcoana, más tardía, desde el siglo X. Las sucesivas basculaciones entre Castilla y Navarra, la formación y evolución del Señorío de Vizcaya, los señoríos trastámaras, el surgimiento de una red urbana cada

vez más desarrollada, exigente y productiva, son algunos de los elementos tratados con soltura y fluidez por el autor.

Por su parte Arsenio Dacosta, en el capítulo 4, estudia las instituciones de gobierno del País Vasco medieval. Y lo hace desde una doble perspectiva: diacrónica y sincrónica. Tomando los tres territorios actuales de forma unitaria, va viendo las principales organizaciones institucionales que fueron apareciendo en ellos y apunta posibles vías explicativas de otras que, existiendo en los reinos a los que estaban adscritos estas zonas, no aparecen reflejados en las fuentes. Hermandades y villas son dos pilares de esta organización y eso se percibe en su estudio. Los agentes de la soberanía, la fiscalidad, la justicia, así como las cofradías o la organización eclesiástica, forman parte del estudio diacrónico. Merece la pena resaltar el apartado final en el que recapitula y muestra el autor cómo, ante problemas similares, las soluciones adoptadas por unos y otros actores –fundamentalmente la baja y media nobleza y elites villanas– fueron muy diferentes, apuntando con ello su evolución en la Edad Moderna.

Iñaki García, en el capítulo 5, rescata un tema muchas veces olvidado por los historiadores: el mundo rural en los siglos IX a XII. Deslumbra la dinámica de creación de villas, la extensa y bien organizada red urbana que surge en esos años. Pero, como nos recuerda el autor, también surge una red rural que ha sido, en palabras del autor, “el armazón básico” de la actual red de pueblos y aldeas. Y, además de utilizar las escasas fuentes escritas que ofrecen información sobre el tema, la arqueología, la observación atenta y el conocimiento, palmo a palmo, del territorio objeto de estudio, permiten al autor completar esta tarea, conjugando estudios en detalle con una labor de síntesis que muestra cómo la organización del espacio y la feudalización del mismo, dos aspectos que están íntimamente ligados, acercan la historia del País

Vasco a la del resto de Europa. Y a esta labor dedica este autor el capítulo 6. La aristocracia y los campesinos son los dos principales protagonistas en este capítulo, en el que la pequeña explotación campesina, las grandes propiedades laicas y eclesiásticas, las rentas agrarias, exenciones e impuestos, aparecen detalladamente estudiadas.

César González realiza el capítulo 7. En el mismo se analizan los procesos de fundación de las villas guipuzcoanas, vizcaínas y alavesas, más de 70 núcleos en menos de 300 años. Después de un primer acercamiento a las fundaciones y a sus fueros, el autor estudia detenidamente lo estratégico de sus emplazamientos, así como su morfología, la organización social y la demografía, al igual que las dedicaciones económicas, la conflictividad social y la organización política de estas villas. En todos los aspectos reseñados Vitoria ha sido objeto de especial atención por parte del autor.

El capítulo 8, realizado por José Ángel Lema, complementa el anterior. Las actividades económicas de las villas y sus habitantes son estudiadas pormenorizadamente. Las ferrerías y la producción del hierro, la construcción naval y la elaboración de otras manufacturas, la pesca y el comercio terrestre con Navarra, Aragón y Castilla, con Vitoria como eje vertebrador, y, por supuesto, el marítimo, tanto el atlántico como mediterráneo, son las metas que se plantea el autor. Y, además de estudiar estas dedicaciones el autor profundiza en los efectos que las nuevas vías de desarrollo económico tuvieron sobre las villas vascas, con la creación de cofradías, el desarrollo de las vías de comunicación y de todo tipo de reglamentos e instituciones tendentes a potenciar estas enriquecedoras actividades.

Si el capítulo 8 trataba de las actividades industriales y comerciales, el 9 está dedicado al mundo rural desde el momento en que lo dejó el capítulo 6. Jon Andoni Fernández de Larrea estudia el campo vasco en los siglos finales de la Edad Media. Y el

autor comienza por la demografía, y los patentes efectos que la crisis tuvo en Álava y Vizcaya –en Guipúzcoa la falta de datos impide que se puedan conocer las consecuencias–. Después, el autor se plantea si pueden mantenerse los viejos tópicos sobre el campo medieval del País Vasco. Su detallado análisis nos muestra cómo la crisis de la Baja Edad Media también se dejó sentir en él, comenzando a mostrar indicios de recuperación solamente a partir de 1450 con la puesta en cultivo de terrenos antes abandonados. También muestra cómo las actividades ganaderas estuvieron más ligadas al ganado vacuno que al ovino y cómo la trashumancia, en caso de darse, siempre fue de muy corto radio, dentro de los mismos valles, rompiendo así con algunos de los tópicos existentes sobre el campo vasco en este periodo.

José Ramón Díaz de Durana, en el capítulo 10, estudia los aspectos sociales de la crisis de la Baja Edad Media. Y centra su atención, especialmente, en un aspecto muy significativo de la historia bajomedieval vasca: la lucha de bandos, sin abandonar otros aspectos como las herejías, siendo la más conocida la de Durango, y los movimientos antisemitas. Y plantea, después de una breve pero esclarecedora revisión historiográfica, que la lucha de bandos es un *cajón de sastre* donde todos los conflictos que se manifiestan en la sociedad de los siglos XIV y XV son denominados así. El autor estudia, detalladamente, esta conflictividad: enfrentamientos señores-campesinos, concejos-linajes nobiliarios, oligarquías villanas-sectores populares, luchas internobiliarias, etc. Además, extiende sus conclusiones a los primeros decenios del siglo XVI, cuando se hacen patentes las consecuencias de estos enfrentamientos, con la atenuación de las cargas campesinas, la preponderancia de las oligarquías villanas y, sobre todo, la extensión de la llamada “hidalgúa universal” en Guipúzcoa y Vizcaya.

El último capítulo de la obra, el 11, está realizado por Iñaki Bazán. En él se da un repaso a las características propias de lo que el capítulo denomina “la civilización vasca”. Organización eclesiástica, clero de patronato laico y religiosidad popular no siempre se dieron la mano. La heterodoxia y la superstición estaban a la orden del día. La vida cotidiana también tiene cabida en este capítulo: costumbres culinarias, formas de vestir, la casa, el ciclo vital son aspectos tratados aquí. La criminalización de la práctica de los juegos de azar es, por ejemplo, tratada con meticulosidad. El uso del castellano y variedades dialectales del vascuence, la literatura, el románico y el gótico y sus manifestaciones en las provincias vascas son también objeto del interés del autor.

Por último, una extensa y bien seleccionada bibliografía, con más de 350 referencias, busca ayudar a los lectores a profundizar en cualquiera de los temas tratados.

Soledad Tena García

VANOLI, Alessandro

Le parole e il mare. Tre considerazioni sull'immaginario politico mediterraneo.

Aragno.

Torino, 2005, 175 pp.

Decía Antoine Prost, describiendo la lectura que Paul Ricoeur hizo de la obra cumbre de Fernand Braudel, que el historiador francés, parcial heredero de los diferentes movimientos antihumanistas por los que abogaba la intelectualidad francesa de mediados del siglo XX –fundamentalmente el estructuralismo–, deshumanizó la historia elevando la geografía a la categoría de personaje. Los diferentes niveles de *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II* narran, al imbricarse, el declive de este espacio como teatro privilegiado de la historia mundial. El Mediterráneo de Braudel, afirma Prost, es el héroe de esta historia.

El mar que Vanoli nos presenta es, como casi todas las obras de historia redactadas tras la publicación de *El Mediterráneo*, heredero del texto de Braudel; es, sin embargo, un mar heroico, previo a la hegemonía de la política atlántica, suma de culturas y alambique multiforme en el que la alquimia de la historia ha refinado el vocabulario del que ha nacido buena parte del acervo cultural que todavía nos pertenece. Y no es un accidente geográfico convertido en personaje, ni tiene relación alguna con las teatrales bambalinas positivistas de las que Braudel lo liberó; el Mediterráneo que Vanoli nos presenta es una voz; palabras, tal y como reza el título. Un título que así entendido puede parecer tautológico, pero que dista mucho de serlo: las palabras, el mar, se construyen como objeto de estudio del mismo modo que se construye la identidad de los que reclaman su herencia. El audaz estudio que Vanoli propone no es una geografía ni una historia al uso, sino una cartografía cognoscitiva que convierte el imaginario político mediterráneo en puerto de destino, auténtica Ítaca a la que no ansiamos llegar, pues el placer que depara la lectura de este prodigio de erudición nos lleva a desear que sea largo el viaje.

Tres son los ensayos reunidos en este volumen. Todos giran en torno a un Mediterráneo geográfica y culturalmente construido como centro, siguiendo un inteligente y erudito recorrido por las ideas que lo han atravesado y que le han dado forma a lo largo de la historia. El primero de ellos, titulado "L'immagine e la geografia", atañe al propio nombre que griegos, romanos, bizantinos, musulmanes y judíos han dado al mar; y a las ideas que tal denominación esconde: se trata de un espacio geográfico y humano, político y cultural. Vanoli se pregunta en qué medida han contribuido a elaborar modelos comunes las diferentes representaciones del espacio que los habitantes de las dos orillas del mar han utilizado para definirlo, para definirse en relación a un espacio común

que es al tiempo una frontera. ¿Cómo ponderar la diferente relación de fuerzas, las afinidades y los antagonismos que se aprecian en la circulación de estas ideas? En primer lugar, como aclara en las conclusiones, hay que ignorar la fastidiosa pátina de irenismo que reviste estos problemas; tal y como el autor afirma en las páginas finales: "dar a esta circulación de conceptos un valor ético o moral es el mejor modo de impedir su comprensión" (p. 164). Si alguien busca en estas páginas el espíritu del ecumenismo bienpensante que caracteriza buena parte de los ensayos contemporáneos se llevará una decepción.

La relación entre las representaciones geográficas y los conceptos políticos es analizada por Vanoli a través de los textos de los geógrafos, de los que es buen conocedor pues ya había publicado con anterioridad una obra dedicada a este género¹. El *thálassa* de las polis y las colonias griegas, un Mediterráneo que es el mar por antonomasia, es seguido por el *mare nostrum* de los romanos, que privatiza el espacio marítimo; también incluido en el imaginario judío como geografía de la diáspora, como espacio poblado, en virtud del texto bíblico, por los descendientes de Noé. Es curioso comprobar a este respecto que las historias árabes también recogen este pasaje: Tubal es para los autores musulmanes el legendario primer morador de al-Andalus, como podremos leer mucho tiempo después en casi todas las crónicas e historias locales españolas, en parte debido a la influencia de un italiano que gozó de gran fama en nuestro país y al que Vanoli bien podía haber concedido un lugar en estas páginas: Giovanni Nanni, Annio de Viterbo como se le conoció en España, autor de una celeberrima y mediterránea farsa que consiguió engañar a propios y extraños; también perfecto ejemplo

¹ VANOLI, Alessandro. *I cammini dell'Occidente. Il Mediterraneo tra i secoli IX e X*. Torino, 2001.

del poder de la traducción que el autor analizará en el segundo ensayo².

Pero sin duda las reflexiones más interesantes del capítulo son las dedicadas a la concepción del mar y, por extensión, la idea del propio mundo entre los musulmanes, una concepción fundamentada en el ideal de unidad del islam, sometido a una única autoridad califal, donde *dar al-islam* se opone a *dar al-harb*. El Mediterráneo irrumpe a menudo en esta dicotomía: se convierte en frontera. Frontera que adquiere un sentido propio en cada orilla, que permite las diferentes representaciones de la alteridad, sea en términos religiosos, como los que sostienen el vocabulario medieval, sea en términos de civilización como los que nutren los escritos de los autores del XVIII y el XIX, o en los términos nacionales que sustituirán a anteriores fórmulas identitarias y nos permiten concebir el presente.

El segundo ensayo, titulado “Traduzione e potere”, propone una reflexión que parte de los estudios de Lotman y Uspenskij acerca de la apropiación de las categorías culturales que permiten aprehender la realidad que percibimos³, así como su mutación en función de las expectativas y la herencia cultural de los que se apropian de ellas; un término resume bien este problema: traducción.

² Vid. NANNI, Giovanni. *Titulo Opuscula in hoc uolumine co[n]tenta, Archilocus de te[m]porum antiquitate & homeris octo. Philonis breuiariu[m] de te[m]poribus sacrae scripturae. Berous chaldeus de origine & successione regnoru[m]. Manethon aegyptius subsequens berosum in historia. Metasthines persa qui & ipse berosum subsequens est. Myrsilus lesbius qui de italiae antiquitate scripsit. Xenophon historicus de quorunda[m] aequiuocatio[n]e. Sempronius romanus de italiae descriptione. Fabius pictor historicus de italiae antiquitate. Catonis censorii de originibus fragmentum. Antonini pii ex itinerario italiae descriptio*. Burgos, 1512. Y sobre este personaje y sus mistificaciones: CARO BAROJA, Julio. *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. Barcelona, 1991.

³ LOTMAN, J. M. y USPENSKIJ, B. A. *Tipologia della cultura*. Milano, 2001.

La traducción es una operación que debe ser entendida como un proceso conflictivo en el que las diferencias culturales definen las modalidades de apropiación de los diferentes textos y los conceptos que éstos transportan. Vanoli se atiene, a este respecto, a la definición de cultura propugnada por Clifford Geertz, que define esta noción en términos semióticos: “un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida”⁴.

El concepto de “medicina” permite a Vanoli hacer esta reflexión: ¿cómo evoluciona la percepción de una idea como la de “medicina” a medida que circula a lo largo de las culturas y los tiempos de este Mediterráneo que aglutina la historia que se ha propuesto estudiar? Traducir una idea y llevarla por el Mediterráneo, éste es el misterio que el historiador italiano nos descubre.

Partiendo de la definición de medicina enunciada por Avicena a inicios del siglo XI en su famoso *al-Qanūn fī-ṭ-ṭibb*, *Canon de medicina*, Vanoli estudia la apropiación que el sabio de Bujara hace de la tradición aristotélica transmitida y renovada por autores islámicos como ar-Rāzī o al-Farābī. Si para éstos, como para el estagirita, la medicina era un “arte” *-ṣināʿa-*, en el paradigma que promulga Avicena la medicina ocupa un puesto destacado entre las ciencias: “Afirmo que la medicina *-ṭibb-* es la ciencia *-ʿilm-* que estudia los estados *-ahwāl-* del cuerpo humano, teniendo en cuenta aquello que está sano y lo que está alejado de la salud, para preservar la salud, cuando la haya, y devolverla si es que se ha perdido” (p. 59).

⁴ GEERTZ, Clifford. “La religión como sistema cultural”. En *La interpretación de las culturas*. 6ª reimp. Barcelona, 1995, p. 88.

Vanoli ve en esta temprana aceptación de la clasificación griega el resultado de la labor de traducción de las obras médicas clásicas, así como la incorporación al árabe del vocabulario propio de las categorías aristotélico-galénicas que sostienen la teoría de los humores y, consecuentemente, la idea de *techné* aceptada por los primeros autores musulmanes.

En el siglo XII Gerardo de Cremona llega a Toledo donde consagra buena parte de su vida a traducir al latín algunas de las obras cumbres de la ciencia árabe. Entre ellas se encontraba el *Canon* de Avicena, cuya versión latina reproduce *verbatim* las palabras antes enunciadas que definen la medicina como una ciencia –*scientia*–, no como un arte. Sin embargo, añade Vanoli, el término latino *scientia* no remite al árabe *'ilm*, por más que sea una traducción literal, sino a la noción griega de *epistémē* que es la que verdaderamente permite entender este concepto. La ciencia médica de Avicena se presenta al lector de su versión latina, al lector que lee el concepto de *scientia* y no el de *'ilm*, con una vertiente práctica. Si bien Avicena dice lo mismo en árabe que en latín, el resultado de la lectura de ambas versiones, de su apropiación por parte de unos lectores definidos social, cultural e históricamente, es muy diferente. Éste es el problema que Vanoli nos descubre bajo el flujo de textos traducidos y de ideas transmitidas a lo largo de las orillas del Mediterráneo.

¿Cuál es la diferencia entre Ibn Šīnā y Avicena, entre Platón y Aflātūn? Cuando en el Toledo conquistado para la cristiandad por las armas de Alfonso VI, primero, y para la cultura europea por la pluma de Gerardo de Cremona, después, Ibn Šīnā se convierte en Avicena, el autor y su obra se sumergen en un nuevo sistema referencial, donde Aristóteles y Platón dialogaban con San Agustín y con los evangelios.

Pero el latín no fue la única lengua que vio traducir el *Canon* de Avicena; la idea, como dice Vanoli, también se tradujo

al hebreo. Se conocen, de hecho, tres importantes traducciones del texto a esta lengua. La convivencia del pueblo judío en los diferentes países de la diáspora, y la incardinación de sus referentes culturales en los de las sociedades de las que formaban parte llevan al historiador italiano a desconfiar, con muy buen juicio, de un concepto tan engañoso como el de “cultura judía”. Una prevención que debería seguirse especialmente en nuestro país donde un uso completamente irreflexivo de este concepto permite seguir manteniendo el disparate de “la España de las tres culturas”. La conclusión que Vanoli extrae al cotejar estas traducciones con el original árabe es similar: la medicina –*'foah*–, está íntimamente unida a la imagen del médico –*rofe*–, con claras raíces bíblicas; y la figura de un “profesional” es condición necesaria para definir la medicina como *techné*.

La conclusión que Vanoli nos ofrece es obvia: la traducción como paso de un sistema de referencia a otro no es una operación neutra; pero las consecuencias metodológicas de esta constatación nos han de servir para trabajar con los textos de otra manera: detrás de la traducción de una idea siempre hay un proceso de institucionalización, siempre pueden atisbarse movimientos políticos que tienen por objeto la construcción, siempre interesada, de una cierta identidad. La advertencia de Vanoli nos pone en guardia ante la percepción, muy común, de un *continuum* cultural que parte de las fuentes de la filosofía griega para desembocar, a través del enorme cauce de traducciones árabes, en el Mediterráneo cristiano. La traducción, como dice el adagio italiano, es siempre traición, pero no una simple traición textual; de ahí la prevención y el recelo con que las diferentes formaciones culturales han observado esta forma de apropiación: ¿qué mejor ejemplo que el de Ibn 'Abdūn que alertaba a sus correligionarios contra la lectura que de las obras árabes hacían judíos y cristianos,

siempre prestos a atribuirse sus méritos según el conservador escritor sevillano?⁵.

El carácter activo, en modo alguno neutro, de los procesos de mediación, transmisión y apropiación de textos e ideas, debe animarnos a rechazar de una vez por todas la imagen de una cultura árabe “intermedia”, mero puente entre el mundo clásico y la Europa que habría de florecer en el Renacimiento; incluso de la *intermediate civilization* que postulaba Goitein para evitar este reduccionismo⁶. La propuesta de Vanoli, provocadora y sutil, puede ser una gran ayuda para comenzar a caminar en esta dirección.

El tercero de los ensayos que recoge este volumen es el titulado “Uno spazio di conflitti”. El cometido del autor es, de nuevo, seguir la pista de una idea que evoluciona a lo largo del tiempo y que sufre diferentes modificaciones en función de la apropiación que de ella hacen las diferentes culturas mediterráneas. Los conflictos a los que alude el título gravitan en torno a un concepto capital, el de enemigo. Vanoli nos ofrece en estas páginas un soberbio ejemplo de rigor histórico, pues elude las caracterizaciones al uso y analiza este concepto como lo que es: una idea social e históricamente determinada.

El estudio de la apreciación del enemigo nos permite observar las definiciones

culturales desde el prisma de diversas categorías. Vanoli estudia la creación del “otro”, pero no de un “Otro” con mayúsculas posmodernas; se trata de un otro multiforme y plural, producto de las diferentes estrategias que permiten definir la alteridad en función de los intereses que determinan históricamente la relación entre los diferentes pueblos, fundamentalmente las conflictivas relaciones entre cristiandad e islam; una representación de la alteridad que en la historiografía española dio valiosos frutos al estudiar la desaparición de al-Andalus⁷. Vanoli nos advierte de las trampas que nos tienden los textos, insiste en que la semántica del discurso polémico es ineficaz para estudiar la caracterización del enemigo, en que hay que superar las simplificaciones a las que hemos reducido conceptos como el de cruzada o reconquista.

Es en este contexto en el que aparece un segundo concepto tratado por el historiador italiano en otros trabajos, el de frontera. No se trata de una frontera física, sino de una idea que subyace en todas las apreciaciones de este volumen y en la que se escuchan los ecos de los muchos y sugerentes debates que, incluso en nuestros días, provoca una obra maestra de la historiografía americana: *The significance of the frontier in American history* (1894) de Frederick Jackson Turner⁸. La *Turner's frontier* ha sido un concepto capital en numerosos estudios aunque, por desgracia, no ha gozado de gran predicamento entre los arabistas. El

⁵ El pasaje del tratado de *hisba* dice exactamente en la traducción de Emilio García Gómez: “No deben venderse a judíos ni cristianos libros de ciencia, salvo los que traten de su ley, porque luego traducen los libros científicos y se los atribuyen los suyos y a sus obispos, siendo así que se trata de obras de musulmanes”, en LÉVI-PROVENÇAL, É. y GARCÍA GÓMEZ, E. *Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn 'Abdūn*. Madrid, 1948, pp. 172-173.

⁶ GOITEIN SHELOMO Dor. “Between Hellenism and the Renaissance—Islam, the intermediate civilization”. *Islamic Studies*, 1963, vol. 2, pp. 217-233.

⁷ MAÍLLO SALGADO, Felipe. *De la desaparición de Al-Andalus*. Madrid, 2004, especialmente el capítulo “La falsa apreciación del otro y de la idea de sí mismo”, pp. 17-24.

⁸ TURNER, Frederick Jackson. *The significance of the frontier in American history: from proceedings of the forty-first annual meeting of the State Historical Society of Wisconsin (1894)* (ed. facsímil). Michigan, 1966; hay traducción española: *La frontera en la historia americana*. San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1986.

solipsismo en el que muchos de ellos viven respecto a los estudios que se realizan en otros ámbitos historiográficos es de todos conocido. Alessandro Vanoli ya reflexionó acerca de estos problemas en un libro de imprescindible lectura, consagrado a estudiar el concepto de reconquista⁹. No sé de ningún otro trabajo que haya explotado esta idea con el rigor del italiano y que haya deparado los sugerentes resultados que encontramos en este ensayo, al margen de los estudios consagrados a la frontera turca que siguieron a la obra pionera de William H. McNeill, *Europe's steppe frontier*¹⁰. Debemos, por tanto, destacar el valor de las reflexiones de Vanoli, no sólo por el placer que depara su lectura y por la clarividencia que derrochan, sino también por la importancia de esta orientación multidisciplinar, por el valioso ejemplo que su curiosidad intelectual y su erudición pueden dar al anquilosado mundo del arabismo.

En este caso, como en los dos ensayos anteriores, las cavilaciones de Vanoli y su pesquisa nos llevan desde el panfleto de Hungtinton hasta la "invención" de las cruzadas en el mundo islámico que estudió Sivan. Desde el atentado de las Torres Gemelas hasta la idea de reconquista. De la *Chanson de Roland* hasta el *Quijote*. De la conquista de los territorios americanos hasta las luchas contra el Imperio Otomano. De la invención de los árabes o sarracenos por los padres de la Iglesia a la diferente apreciación de las cruzadas por los teólogos protestantes. Y siempre arroja luz sobre las muchas sombras que el tratamiento de estos conceptos proyecta sobre

la historia, denunciando las simplificaciones que constriñen nuestra comprensión del pasado. La oposición binaria que condiciona nuestra mirada se resquebraja con las sugerencias y preguntas del italiano.

Por último es muy de agradecer que, después de reflexionar en estos tres ensayos sobre la percepción que las diferentes culturas estudiadas tienen de su posición en el mundo, en el Mediterráneo, Vanoli se detenga por unos instantes en la posición que el propio historiador ocupa en el seno de la tradición historiográfica y en el conjunto de las ciencias. No es en absoluto normal leer este tipo de reflexiones en la pluma de un arabista, ni encontrar referencias a autores que se han interrogado acerca de los problemas que plantea la operación historiográfica que desarrolla el historiador al escribir un texto, autores como el recientemente desaparecido Paul Ricoeur o como el inclasificable Michel de Certeau. Al fin y al cabo estos ensayos dan forma a un todo difícilmente catalogable, un ensayo fascinante que navega entre la historia y la antropología.

Una de las referencias capitales que se descubren en este bello libro, el antropólogo estadounidense Clifford Geertz, afirmaba que: "Para la imaginación histórica, 'nosotros' es una coyuntura en una genealogía cultural y aquí es la herencia. Para la imaginación antropológica, 'nosotros' es una entrada en una inscripción cultural y aquí es la casa propia"¹¹. Nosotros hemos sido, somos el Mediterráneo, creadores y a la vez producto del *immaginario politico* estudiado por Vanoli: ¿es este aquí "la herencia" o la "casa propia"? La inclusión de la historia europea en una tradición cultural, necesariamente plural, nos plantea un problema que, con motivo de la entrada de

⁹ VANOLI, Alessandro. *Alle origini della reconquista*. Torino, 2003; especialmente pp. 212 y 390 y ss., en las que reflexiona sobre los conceptos de frontera empleados por Sánchez-Albornoz y Menéndez Pidal.

¹⁰ MCNEILL, William H. *Europe's Steppe Frontier*. Chicago, 1964.

¹¹ GEERTZ, Clifford. *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Barcelona, 2002, p. 86.

los países de Europa Oriental en la UE y la posible admisión de Turquía, exige ser abordado sin caer en simplificaciones ni en determinismos, huyendo de la exclusión conservadora que convierte al Mediterráneo en una enorme pila bautismal y del absurdo ecumenismo de quienes abogan por las tesis multiculturalistas. El valioso ejemplo de Vanoli, definiéndose como historiador que se cuestiona su posición en la casa heredada del Mediterráneo, debe iluminarnos para no arrinconar en el desván todo aquello

que nos incomode. Porque las preguntas que este libro provoca no son cómodas, ni fáciles de responder; pero su lectura es sumamente placentera. Los sugerentes peligros de este tentador Mediterráneo por el que el historiador italiano navega nos seducen e incitan a reflexionar. Y no mentiríamos al decir, con Leopardi, y a despecho de los temores que nuestro futuro y pasado nos inspiran, que *il naufragar è dolce in questo mare*.

Ignacio Sánchez